

marxista. Fue esa coincidencia en el capitalismo y la propiedad lo que hizo posible el acercamiento, lo cual relativiza la capacidad cooptativa derechista. También llama la atención la caracterización de “competitivo” del sistema político en ese período, cuando se reconocen las limitaciones al sufragio y el universo electoral, lo cual daba más peso a las cúpulas que al pueblo soberano. Finalmente, la mirada sobre la derecha actual es muy sugerente, ¿significa eso que las experiencias del Partido Nacional y la primera década del Movimiento Gremial fueron sólo un interregno, sin consecuencias en los partidos derechistas de hoy? No debemos olvidar que mientras la Unión Demócrata Independiente defiende un “proyecto”, la derecha del siglo XX defendía un resabio.

Sin duda, la aparición de este libro despertará un activo y fecundo debate.

Cuenca Toribio, José Manuel, *Historia General de Andalucía*. Córdoba, Almuzara, 2005, 1.003 pp.

Por José María García León
(Universidad de Cádiz)

Recientemente ha visto la luz un nuevo trabajo del profesor Cuenca Toribio, su *Historia General de Andalucía*, publicada por la editorial Almuzara. Libro denso, de contenido ambicioso, si nos atenemos a la cronología del mismo, que parte del Paleolítico andaluz y que finiquita, nada más y nada menos, que con las recientes elecciones del pasado 14 de marzo de 2004.

Decano de los Catedráticos de Historia Contemporánea, en verdad no es noticia que José Manuel Cuenca Toribio, historiador de pura cepa, publique un nuevo libro, si nos atenemos a su fecunda y brillante trayectoria como investigador de nuestro devenir contemporáneo. Su amplia obra, que abarca ya cuarenta años de copiosa producción, es el reflejo de una labor constante y disciplinada, cuyo resultado es este conjunto marmóreo de brillantes aportaciones, donde el rigor científico, la intencionalidad didáctica y el afán divulgador, confluyen en una curiosa síntesis que lo avalan como lo que es, un reconocido y respetado hombre de Historia, que

ejerce su magisterio con la pasión y la entrega que le son propias, pero también con la serenidad y el sosiego de quien ha dedicado muchas horas a la reflexión y al compromiso con la sociedad, desde el convencimiento que le otorga su caudal ético y humanístico.

Sí es noticia, en cambio, esta personal contribución a la historia de Andalucía, que si bien tiene como punto de partida su galardonada obra *Andalucía, historia de un pueblo (... a C - 1984)*, no es menos cierto que con sus nuevas aportaciones y acertados enfoques, nos presenta una obra mucho más rica en matices y, aún, sugerencias, que contiene todas las características de una nueva y original creación. Resulta curioso que este especialista en la historia de las élites religiosas y políticas y en las, siempre intrincadas, relaciones Iglesia-Estado, nos sorprenda ahora con esta historia general de Andalucía, que, si bien, en principio, pudiera parecernos una obra divulgativa al uso, pronto se ve realizada por la precisión con que aborda su temática. Para ello ha puesto especial interés en potenciar las más recientes y, por supuesto, valiosas aportaciones a la historiografía andaluza, con particular preferencia por los II y III Congresos de Historia de Andalucía, plasmados en sus *Actas*, auténtico vivero para el mejor conocimiento de esta tierra y que tantas líneas nuevas de investigación han abierto.

Redundando en un viejo convencimiento de muchos, Andalucía es la parte de España que más interés ha despertado entre curiosos y estudiosos de nuestra historia y tal vez la que ofrezca una personalidad más acusada y sugerente. Por ello el autor ha abordado este estudio general, donde lo mismo se sumerge en las brumas tartésicas del bajo Guadalquivir que proclama la majeza de la ciudad de Cádiz, tozuda resistente ante el sitiador francés, que no solo insufla su patriotismo al resto de España sino que le ofrece la primera Constitución de nuestra Historia, de marcado matiz liberal. Por ende, también, no deja de resaltar la valía de sus individualidades, desde Trajano y Adriano hasta el afán regenerador de Blas Infante, atizador implacable del sistema canovista y del caciquismo, una de sus lacras más lacerantes, sobre todo en Andalucía.

Todo ello, sin olvidar que la historia de Andalucía supone, en gran medida, la puesta de relieve de esa peculiar idiosincrasia suya, abierta y

plural, como corresponde a un pueblo que ha sido crisol de culturas. Sin duda, esta acepción no es más que una acertada concepción del pasado andaluz, en este certero análisis del profesor Cuenca Toribio, que cobra, si se quiere, mayor relieve en los momentos actuales, en los que se tiende a acomodar la historia a los intereses partidistas y localistas, con esperpénticas interpretaciones, tan frívolas como mezquinas, que causan un daño, esperemos que reparable, no solo a la Historia sino al propio concepto de España como Nación y que, mira por dónde, en sus grandes líneas se fraguó, y así quedaría asumido, por las Cortes de Cádiz.

Tan bueno es el revisionismo en la historia como malo el caer en las dichas interpretaciones, tan falsas como interesadas. Este libro es un buen ejemplo de cómo se puede participar de lo primero, sin llegar a lo segundo. Como botón de muestra, cito textualmente estas significativas palabras del autor al decir que la Historia de Andalucía “*solo se emana y comprende en un contexto nacional, es decir, español y un horizonte cultural presidido invariablemente por el afán integrador y universalista*”.

Metodológicamente, esta obra, con una detallada introducción sobre el marco geográfico andaluz, presenta el clásico recorrido cronológico, desde la Prehistoria hasta los más recientes episodios políticos o los más vanguardistas planteamientos culturales. Así pues, son once capítulos donde la historia factual (por supuesto que, también, hay que hacer uso de ella), se mide, en igualdad de condiciones, con las corrientes culturales, los cambios demográficos, los avances económicos o el hecho religioso, auténticos vectores de su pasado histórico. Bien es verdad que, asimismo, se denuncian ciertas carencias, como los pocos estudios que hasta el momento se han realizado sobre una temática tan específica como la de la mujer andaluza, hecho éste que, por lo común, viene a ser moneda corriente en casi todas las historias generales publicadas hasta el momento.

La influencia del componente religioso en aquel valle del Guadalquivir, de ricos aportes mutuos entre fenicios e indígenas, junto con el alto componente de sociabilidad, son las características más alabadas del autor, cuando se refiere a aquella mítica civilización de Tartesos, razones más que justificadas, por tanto, para profundizar

en la no siempre fácil convivencia y comprensión entre los hombres. Estamos, pues, ante uno de los rasgos más prístinos de la vieja Andalucía que servirá de nexo obligado para comprender mejor la Andalucía Bética, en principio, mero término administrativo dentro del esquema del Imperio Romano, pero territorio dotado de firme personalidad, en el que se observa cara al estudio de sus habitantes, un desfase entre la abundante documentación para el ámbito urbano y, por contra, un casi desconocimiento, sobre el medio rural. Con todo, al autor observa cómo la romanización creó una sociedad nueva, que nos ha dejado un buen número de huellas materiales y pervivencias culturales.

La irrupción de los pueblos bárbaros sobre el Imperio nos traerá la presencia visigoda, en una Andalucía inmersa en una considerable crisis demográfica, tal vez excesivamente dimensionada por algunos autores, aunque lo cierto es que se irá a un nuevo modelo de villas rurales, como grandes unidades de producción económica. Aún así, la presencia de la cultura visigoda será más nominal que efectiva, pues, no en balde, la brillante *era isidoriana* no se explicaría sin entender un foco de tan fuerte irradiación latinizada como la antigua Hispalis. Todo ello, en gran medida, se desvanecerá en la Andalucía islámica, cuyo estudio sigue siendo, todavía, un auténtico *diálogo de sordos*, salpicado de prejuicios muy diversos que pueden desvirtuar la esencia de esta densa secuencia histórica. No cabe duda que la Andalucía árabe-islámica constituye una entidad definida, aunque no hemos de olvidar sus ancestros pre-andalusíes y sus relaciones con las otras realidades históricas peninsulares. En este sentido, el autor no deja de reconocer que el desarrollo indiscutido de las ciencias y artes en el Islam español tuvo forzosamente que proyectarse sobre los nuevos reinos, tanto hispanorromanos como europeos, anclados en las constantes de la feudalidad.

Con la caída del reino nazarita de Granada y el descubrimiento de América, Andalucía va a participar, con sus recursos humanos y económicos, tanto en el expansionismo europeo y como en el ultramarino y, aunque va afianzar su carácter urbano, experimentará un notable crecimiento demográfico en los reinos de Córdoba y Sevilla, aunque considerablemente inferior en la Andalucía Oriental, todavía al socaire de la re-

ciente reconquista del reino de Granada, con sus secuelas de despoblamiento y sus necesidades repobladoras. Durante la Edad Moderna, Andalucía contribuirá, en bienes y en sangre, a la *Gesta del Imperio*, aunque, salvo en casos muy concretos, quedará fuera de los escenarios de los grandes conflictos armados. En estos años de la dinastía de los Austrias, el autor incide en el hecho de la extensión del feudalismo en Andalucía, en menoscabo de la anterior mesocracia agrícola, en una línea ascendente que no cambiaría sustancialmente hasta el siglo XIX.

Más atractiva, en cambio, resulta la imagen de Andalucía durante el siglo XVIII. Siglo de empuje económico, cultural y bien documentado respecto a centurias anteriores merced a los sucesivos catastros y censos, que confirman el nuevo despegue andaluz. Con mayor cautela debemos aceptar su aumento poblacional ya que, aunque se atajaron las grandes epidemias anteriores, las constantes demográficas se mantuvieron en los mismos niveles que en la Edad Moderna. Incluso se produjo aquel intento a medio camino entre la utopía y el racionalismo ilustrado, de la colonización de los lindes de Sierra Morena con alemanes y flamencos, que tan grato resulta al autor. Es verdad que se intentó potenciar los municipios ante el progresivo proceso de aristocratización y decadencia de los mismos desde finales del siglo XVI, pero lo cierto es que no se consiguieron los resultados apetecidos, hasta el punto de que en este fallido intento se ha querido ver los orígenes del caciquismo así como de la debilidad del sistema representativo constitucional.

Llegamos, finalmente, a la etapa contemporánea, donde se aprecia un siglo XIX rico en acontecimientos, pues Andalucía, en unos pocos años, presenció la derrota de Trafalgar, la victoria de Bailén, la promulgación de la Constitución de 1812, el pronunciamiento de Riego... todo ello en un vertiginoso suma y sigue de acontecimientos a lo largo de toda la centuria. Andalucía presenciara la andadura hacia el pleno liberalismo, a la par que acentuará su atraso económico, con un escaso tejido industrial y un caciquismo casi endémico en su profundo agro. En un contexto así surgirán el republicanismo, el andalucismo y la masonería, intentos, no siempre exitosos de luchar contra poderes difíciles de atajar. Esas fuerzas retardatarias son las que seguirán imperando en la Andalucía de principios de siglo XX,

donde a lo largo de sus primeros cuarenta años saldrán a la luz sus seculares carencias de todo tipo. Con todo, una de las grandes aportaciones, por lo novedosa, de este libro para la historia de Andalucía, son sus páginas dedicadas al siglo XX, incluyendo, como una auténtica innovación, la atención prestada a los últimos veinte años. El campo andaluz, tras los fallidos intentos de la Segunda República de hacer una reforma agraria satisfactoria para los que más la necesitaban, volvió a presentar, tras la Guerra Civil, las pésimas condiciones de vida de los jornaleros que corrían paralelas con la condescendencia del franquismo hacia los grandes y medianos propietarios, en parte, artífices de su poder. Como consecuencia de todo ello, surgió una emigración cuantiosa que, desde mediados de los años cincuenta se acentuó considerablemente, bien hacia los grandes centros urbanos andaluces y del interior de la Península, bien hacia los países industrializados de la Europa Occidental, preferentemente Alemania. Con los años sesenta, punto de arranque del proceso desarrollista, una parte considerable de la producción agraria española provenía de Andalucía, sin desdeñar su subsector ganadero. Sin embargo, todavía las viejas estructuras agrarias seguían manteniéndose cuando en la década de los ochenta, ya en plena democracia, empieza a vislumbrarse un cierto optimismo cara la futuro. Fue entonces cuando se produjo el intento de reforma agraria por el gobierno autónomo andaluz que, aunque despertó en principio ciertas reticencias, lo cierto es que ha contribuido a la dignificación del proletariado campesino, a la consecución de mejores tasas de productividad y a la potenciación de algunos sectores, como la industria agroalimentaria. Paralelamente, la acción política se imponía y Andalucía conseguiría, una autonomía plena, a la que no serían ajenas las grandes manifestaciones de los andaluces ocupando masivamente las calles. Precisamente, una de las grandes aportaciones, por lo novedosa, de este libro para la historia de Andalucía, son sus páginas dedicadas a los últimos veinte años, en los que se ha producido un nuevo, y hasta cierto punto desconcertante, ritmo histórico, presidido por el terrorismo internacional, la convivencia desequilibrada, la crispación y la incertidumbre. Es en estos momentos donde cobra más sentido, estas palabras del autor en su breve epílogo a esta obra, cuando al recapacitar sobre la aportación universalista de Andalucía, sin duda la

gran clave de su identidad, nos dice: “*Es esta personalidad la que, en la hora actual realza de nuevo la contribución de Andalucía a la búsqueda de una atmósfera mundial más justa y estable*”.

En definitiva, no estamos ante una historia más de Andalucía, sino ante un brillante ejercicio de síntesis, verdadera obra de madurez, de cuidadas interacciones, con un peculiar estilo narrativo (la historia también es relato, exposición...), pulcro y, como suele ser habitual en el autor, intercalado a veces con rebuscados términos, en un instruido ejercicio semántico, que, en el fondo, no son más que significativos guiños de erudita complacencia a nuestro rico idioma español, precisamente en este año en el que se conmemora el Cuarto Centenario de la publicación de El Quijote.

Chaput, Marie-Claude; Martínez-Maler, Odette y Rodríguez López, Fabiola (eds.), *Maquis y guerrillas antifranquistas. Historia y representaciones*. París, Université de Paris X–Nanterre, 2004, 238 pp.

Por David Molina Rabadán
(Universidad de Cádiz)

La Historia es el instrumento con el que el hombre se libera de la carga del pasado, decía un clásico alemán. Para la historia reciente de España, tumultuosa y llena de preguntas por hacer y respuestas sin acabar, esta sentencia cobra plenamente su significado ante las cuestiones pendientes del pasado más inmediato de los ciudadanos de este país. La Guerra Civil y la posterior dictadura franquista capitalizan el interés y la preocupación de la sociedad civil. Los represaliados, el exilio... han sido los temas preferentes de estudio para los investigadores y académicos pero poco a poco, va despertándose la conciencia de que el régimen dictatorial no contó con un mandato tranquilo y sin oposición. La herencia del sueño de libertad, democracia y constitucionalismo que representaba la Segunda República no fue totalmente destruida por los rebeldes de 1936. Siguió existiendo, malviviendo... en esa España soterrada, en esa España real alejada de las ensoñaciones oficialistas que proyectaban una imagen del país alejada por completo

de lo que de verdad se vivía en las ciudades y pueblos. Entre los agentes que sostuvieron la lucha contra la tiranía de los golpistas, se contaba la guerrilla.

El 16 de mayo de 2001, el Congreso de los Diputados “certificó” la rehabilitación moral y política (como si de hecho no lo estuvieran ante la magnitud de su sacrificio pero lo cierto es que los viejos hábitos, como el de ignorar el pulso social de un país, no se pierden) de los guerrilleros que durante más de una década combatieron a las fuerzas del régimen. El reconocimiento oficial de su papel en la oposición a Franco fue el hito en la dura batalla que tuvieron que emprender tras la llegada de la democracia. Esta “guerrilla de la memoria”, este enfrentamiento con la amnesia gubernamental, en especial la del ahora adalid del recuerdo de las víctimas franquistas, el PSOE, y con la ignorancia y el miedo de la sociedad española, ha sido una de las empresas y mayores servicios que los profesionales de la historia han podido ofrecer en los últimos años. Comenzando en los años ochenta del pasado siglo, la curva de la producción historiográfica sobre el fenómeno del maquis ha ido ascendiendo hasta alcanzar niveles notables, tanto en el aspecto cualitativo como en el cuantitativo. Este interés científico está asociado a una revitalización en los últimos años de la figura del guerrillero y su vida contra la dictadura en los mundos del cine y la literatura: películas como *Silencio Roto*, documentales (*Siempre será la Pastora*, *La Guerrilla de la memoria*, *La partida de Girón...*) y libros de gran éxito de crítica y público (*La voz dormida*).

Esta conjunción de intereses y esfuerzos muestra la pluralidad de fuentes y enfoques que se necesita para la reconstrucción y explicación de la historia actual. Los académicos tienen que compartir sus resultados y a su vez recurrir a la legión de voluntarios que, con su interés y conocimiento del medio local en el que se mueven (fundamental para la correcta comprensión del movimiento guerrillero), en bastantes ocasiones obtienen resultados más que notables.

La obra que se reseña es una muestra a lo largo de sus más de doscientas páginas de lo anteriormente dicho. Primero, de la carga moral que acompaña este tema. El desagravio a la memoria de los caídos y el reconocimiento a los supervivientes son objetivos paralelos a los de comprensión y verdad históricas. Las constantes alusiones a la lucha de los guerrilleros para que tras 1977 no siguieran